

¿POR QUÉ NO SE ARRODILLAN LOS FIELES DURANTE LA CONSAGRACIÓN EN LA MISA MARONITA?

Juan Pablo II

www.maronitas.org



En el momento de la consagración, cuando la Iglesia Católica celebra la misa con el misal maronita, los fieles no se arrodillan. En su lugar, hacen una profunda reverencia, recordando la grandeza de la Resurrección de Cristo. **¿Por qué no arrodillarse, si es el momento culmen de la misa?** Esta pregunta es constante entre muchos católicos, pues cuando se celebra la misa con el misal romano, que es la liturgia más extendida en la Iglesia Católica, se prescribe el estar de rodillas.

A continuación, presentamos la explicación que da san Juan Pablo II a esta pregunta.

¿POR QUÉ NO SE ARRODILLAN LOS FIELES DURANTE LA CONSAGRACIÓN EN LA MISA MARONITA?

EL DOMINGO DÍA DE ALEGRÍA

La « alegría plena » de Cristo

El gesto de permanecer de pie durante la consagración (momento de la transubstanciación del Cuerpo y la Sangre de Cristo) en la misa maronita obedece a la profunda alegría festiva que se celebra y que plenifica el domingo, el Día del Señor.

«Sea bendito Aquél que ha elevado el gran día del domingo por encima de todos los días. Los cielos y la tierra, los ángeles y los hombres se entregan a la alegría», estas exclamaciones de la liturgia maronita representan bien las intensas aclamaciones de alegría que desde siempre, en la liturgia occidental y en la oriental, han caracterizado el domingo. Además, desde el punto de vista histórico, antes que día de descanso (más allá de lo no previsto entonces por el calendario civil) los cristianos vivieron el día semanal del Señor resucitado sobre todo como día de alegría. «El primer día de la semana, estad todos alegres», se lee en la

Didascalia de los Apóstoles. Esto era muy destacado en la práctica litúrgica, mediante la selección de gestos apropiados. San Agustín, haciéndose intérprete de la extendida conciencia eclesial, pone de relieve el carácter de alegría de la Pascua semanal: «Se dejan de lado los ayunos y se ora estando de pie como signo de la resurrección; por esto además en todos los domingos se canta el aleluya».

Más allá de cada expresión ritual, que puede variar en el tiempo según la disciplina eclesial, está claro que el domingo, eco semanal de la primera experiencia del Resucitado, debe llevar el signo de la alegría con la que los discípulos acogieron al Maestro: «Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor» (Jn 20, 20). Se cumplían para ellos, como después se realizarán para todas las generaciones cristianas, las palabras de Jesús antes de la Pasión: «Estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo» (Jn 16, 20). ¿Acaso no había orado él mismo para que los discípulos tuvieran «la plenitud de su alegría»? (cf. Jn 17, 13). El carácter festivo de la Eucaristía dominical expresa la alegría que Cristo transmite a su Iglesia por medio del don del Espíritu. La alegría es, precisamente, uno de los frutos del Espíritu Santo (cf. Rm 14, 17; Gal 5, 22).

Para comprender, pues, plenamente el sentido del domingo, conviene descubrir esta dimensión de la existencia creyente. Ciertamente, la alegría cristiana debe caracterizar toda la vida, y no sólo un día de la semana, pero el domingo, por su significado como día del Señor resucitado, en el cual se celebra la obra divina de la creación y de la «nueva creación», es día de alegría por un título especial, además, un día propicio para educarse en la alegría, descubriendo sus rasgos auténticos. En efecto, la alegría no se ha de confundir con sentimientos fatuos de satisfacción o de placer, que ofuscan la sensibilidad y la afectividad por un momento, dejando luego el corazón en la insatisfacción y quizás en la amargura. Entendida cristianamente, es algo mucho más duradero y consolador; sabe resistir incluso, como atestiguan los santos, en la noche oscura del dolor, y, en cierto modo, es una «virtud» que se ha de cultivar.

Sin embargo no hay ninguna oposición entre la alegría cristiana y las alegrías humanas verdaderas. Es más, éstas son exaltadas y tienen su fundamento último

precisamente en la alegría de Cristo glorioso, imagen perfecta y revelación del hombre según el designio de Dios. Como escribía en la Exhortación sobre la alegría cristiana mi venerado predecesor Pablo VI, «la alegría cristiana es por esencia una participación espiritual de la alegría insondable, a la vez divina y humana, del Corazón de Jesucristo glorificado». Y el mismo Pontífice concluía su Exhortación pidiendo que, en el día del Señor, la Iglesia testimonie firmemente la alegría experimentada por los Apóstoles al ver al Señor la tarde de Pascua. Invitaba, por tanto, a los pastores a insistir «sobre la fidelidad de los bautizados a la celebración gozosa de la Eucaristía dominical. ¿Cómo podrían abandonar este encuentro, este banquete que Cristo nos prepara con su amor? ¡Que la participación sea muy digna y festiva a la vez! Cristo, crucificado y glorificado, viene en medio de sus discípulos para conducirlos juntos a la renovación de su resurrección. Es la cumbre, aquí abajo, de la Alianza de amor entre Dios y su pueblo: signo y fuente de alegría cristiana, preparación para la fiesta eterna». En esta perspectiva de fe, el domingo cristiano es un auténtico «hacer fiesta», un día de Dios dado al hombre para su pleno crecimiento humano y espiritual. (Texto tomado de la Exhortación Apostólica *Dies Domini* nn. 55-58).

SERVICIO DE INFORMACIÓN MARONITA (SIM)



iChárbel.editorial

Chihuahua, Chih. (México)

www.maronitas.org

Tel. +52 (614) 541-60-60